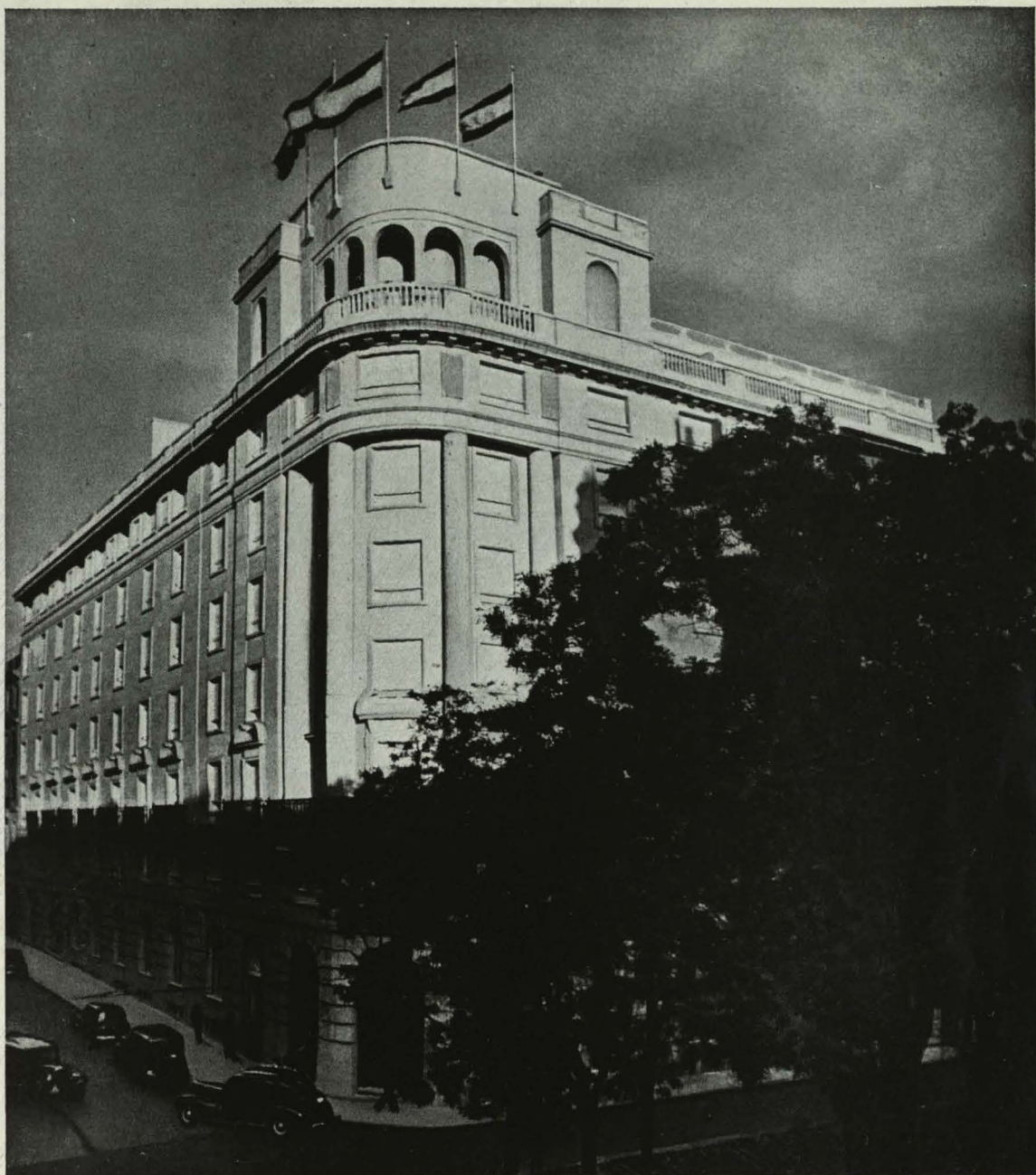




HOTEL WELLINGTON, en Madrid

Arquitecto: Luis Blanco Soler

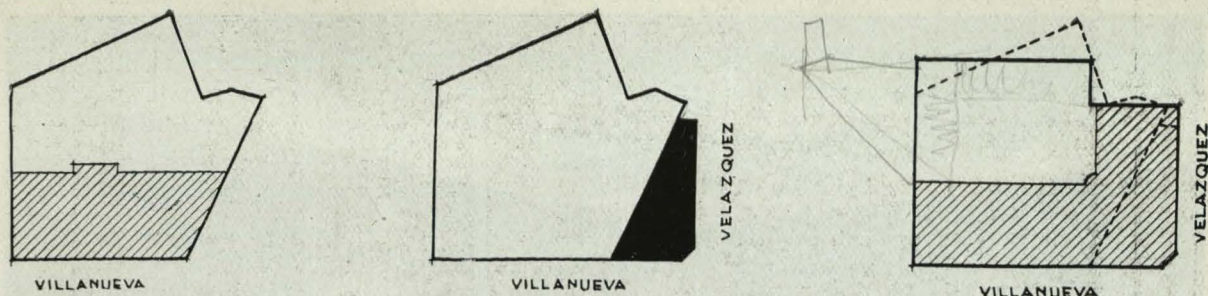
I. *Planteamiento.*—El Hotel Wellington, durante su construcción, pasó por vicisitudes inevitables en una obra de esta importancia y hubo de atravesar, no sin cierto riesgo, algunas zonas de incertidumbre que la economía general, dentro y fuera de España, produjeron en la industria hotelera durante los últimos cuatro años. Por fortuna, la peculiar distribución de un hotel que nace de planta como tal y hace difícil cualquier adaptación a otros negocios, mantuvo el rumbo que inicialmente se trazara. Asegurado éste, otros motivos de vaci-

lación nos esperaban: me refiero a los inevitables «asesoramientos técnicos»—meros capítulos de experiencia personal—que hubieron de renovarse con demasiada frecuencia. Aludimos a ello porque algunas divergencias de criterio en tales asesoramientos dejaron pequeñas cicatrices en la distribución del edificio y faltas de unidad que sólo un análisis minucioso de las plantas podría señalar.

Lo que hoy es el Hotel Wellington tuvo su origen en un propósito mucho más modesto. El solar era distinto



*Dos vistas del
"hall" del hotel*

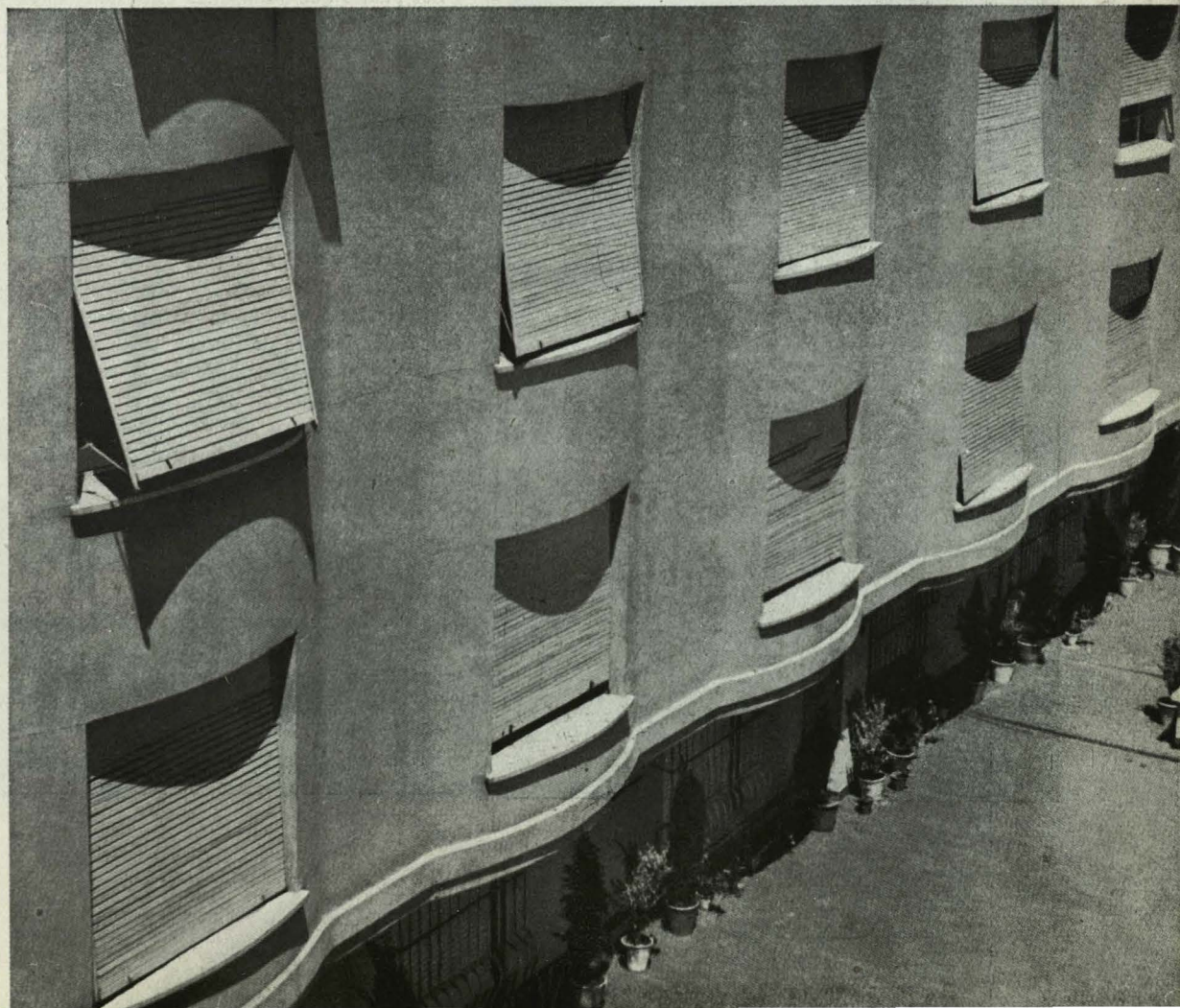


Esquema de la evolución del solar.

del actual; tenía una sola fachada a la calle de Villanueva, y sobre él se proyectó un hotel confortable con poco menos de un centenar de habitaciones. Posteriormente pudo adquirirse el pequeño edificio colindante que había en la esquina de las calles de Velázquez y Villanueva. La superficie de éste era, como decimos, muy reducida (unos 300 metros cuadrados), pero constituía un verdadero enclave en el solar de que disponíamos. Al desaparecer dicho enclave, una gran zona interior del primitivo solar pasaba a ser terreno con fachada a la calle de Velázquez. Esto determinó un cambio radical de criterio. Sobre el nuevo solar era posible hacer un edificio con dos fachadas, proporciones más nobles y mejor aprovechamiento. Una parcela de mínima superficie y forma irregular cambiaba fundamentalmente el planteamiento de la cuestión y permitía convertir el hotel proyectado en otro de gran lujo sobre una de las vías de mayor prestancia que tiene Madrid.

Pero el primer edificio se había comenzado. Sus líneas generales, ya cimentadas, hubieron de continuarse, integrándolas, claro está, en el nuevo proyecto. El ingreso por el chaflán determinaba un eje fundamental de composición. En el cuerpo de edificio con fachada a la calle de Velázquez, enteramente nuevo, se ampliaron los anchos de crujía, la galería central de circulación y la superficie de las habitaciones. Pero fué necesario componer la planta baja con una gran limitación: la que imponía, de momento, la necesidad de reservar un gran local comercial sobre la calle de Velázquez, impidiendo que el hotel «se asomara» en esta planta a la fachada más importante.

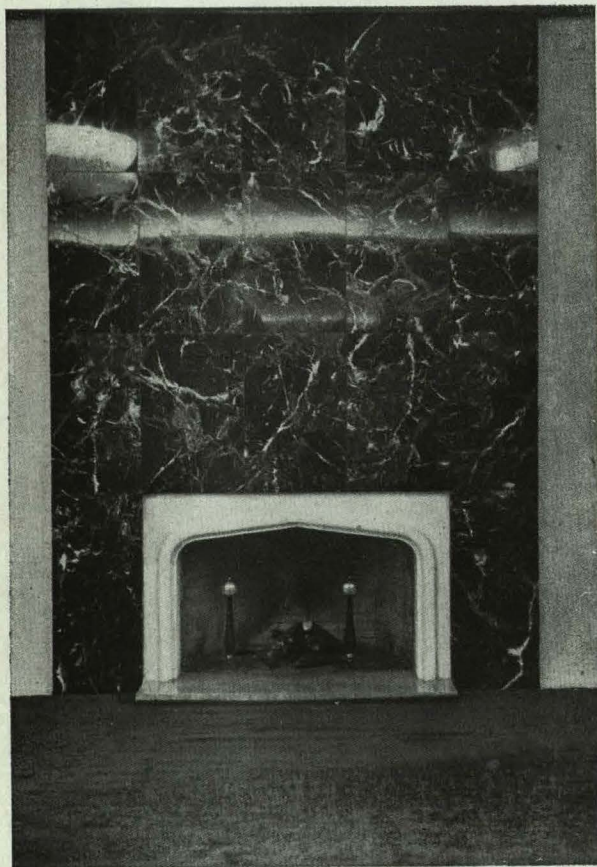
Otra limitación consistía en la necesidad de habilitar un amplio garaje en planta de sótanos, que no sólo merma el área útil de la planta de servicios del hotel, sino que condicionaba la estructura de la planta baja, de gran diafanidad y sometida a fuertes sobrecargas.



Pormenor de la fachada al patio



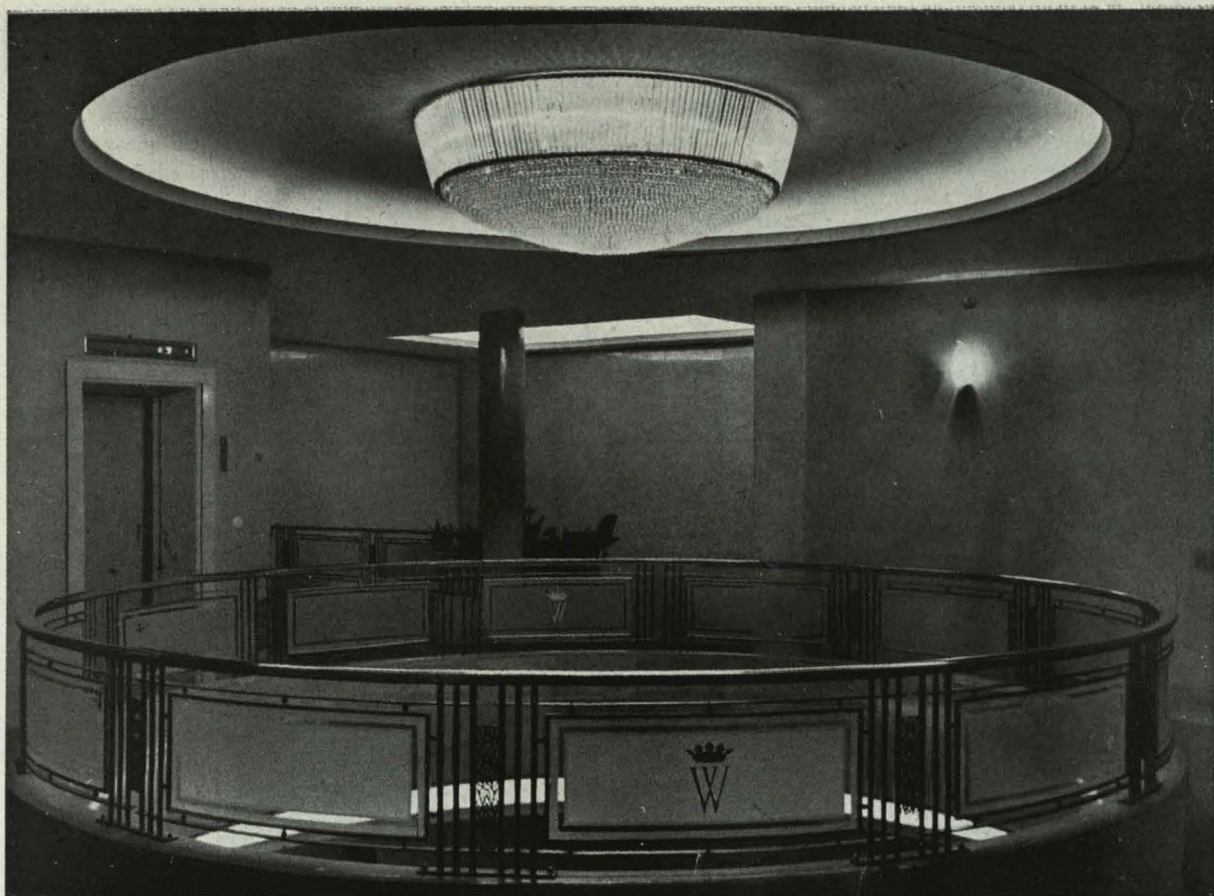
Vista del comedor y detalle de la chimenea.



Los planos que acompañan estas notas dicen hasta qué punto nos fué dado resolver las dificultades a que nos referimos.

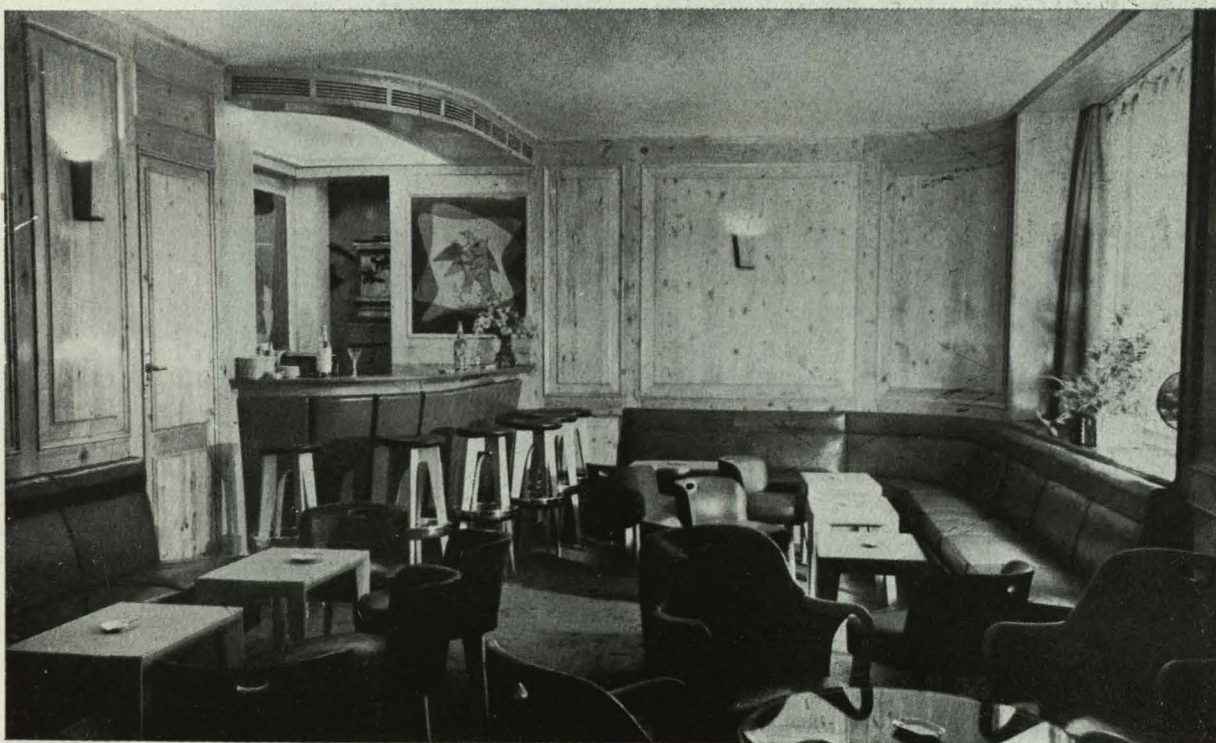
II. *Concepto general de la distribución.*—Antes de hablar de la distribución conviene aludir—aunque sea muy brevemente—a lo que constituye la suprema razón de su trazado: el concepto económico.

El coste actual de un edificio de este género obliga a limitar las áreas que no sean estrictamente rentables. Los viejos hoteles de Europa y los que en América se construyeron hasta después de la primera guerra mundial (Waldorf-Astoria 1921), fueron proyectados con un concepto económico que hoy haría imposible su construcción. Actualmente no puede construirse un Palace Hotel ni un Waldorf-Astoria. Los modernos hoteles, tanto de Europa como de América, son algo fundamentalmente distinto. En la dimensión de las habitaciones se refleja claramente este cambio de concepto, algo atenuado en los de Europa por el coste menor de la mano de obra. Los mismos americanos hablan de «hoteles dimensionados a la europea». Se ha reducido sensiblemente en las plantas bajas la multiplicidad de salones y espacios perdidos que parecían tener la sola misión de producir en el viajero una impresión de sobrecogimiento. Era aquella una época de gran suntuosidad «decorativa». El metro, como unidad dimensional, merecía



Parte alta del vestíbulo de ingreso.

Detalle del bar.

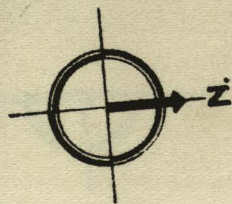




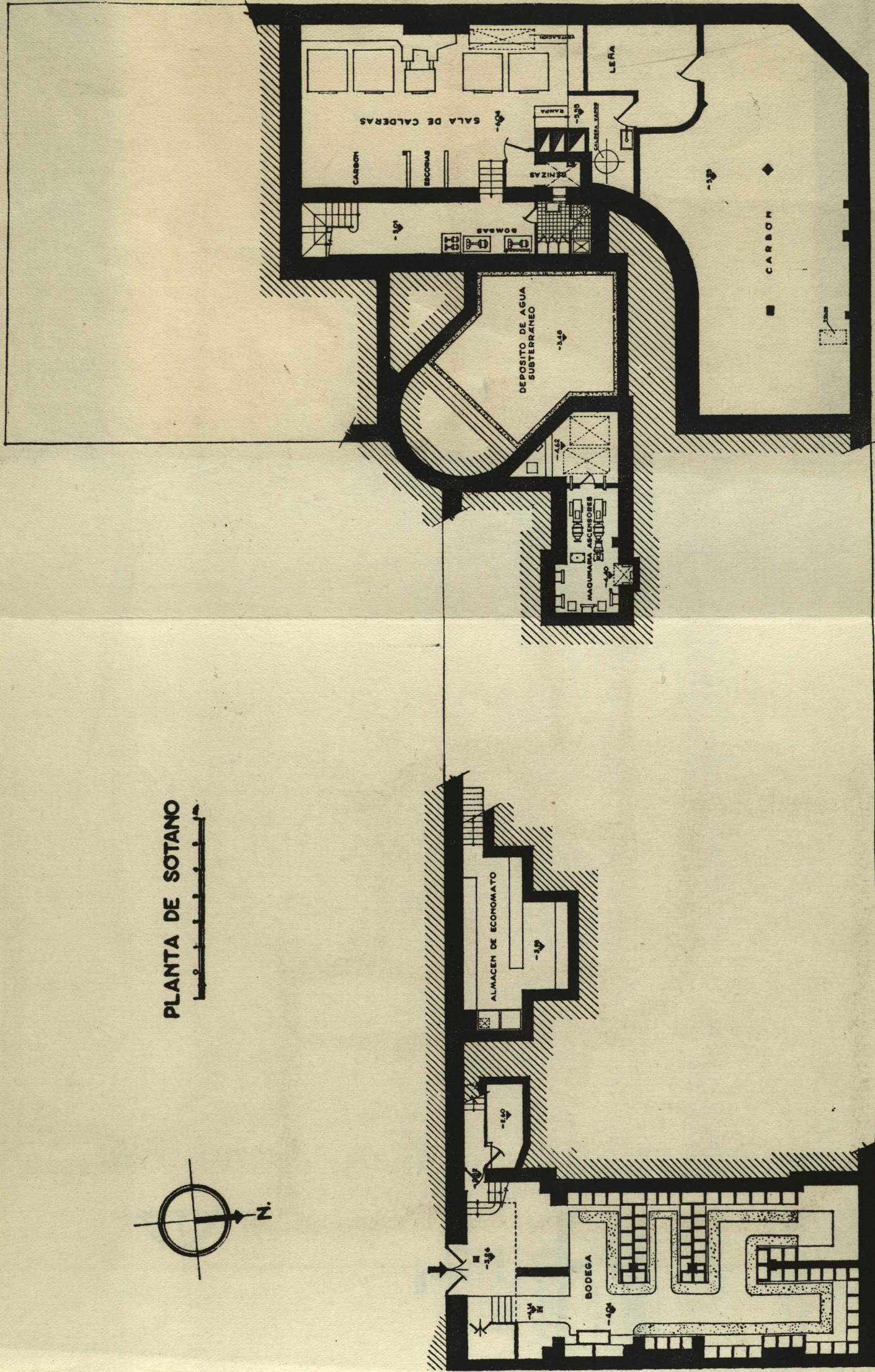
Cuarto de estar de una "suite" de la planta de ático.

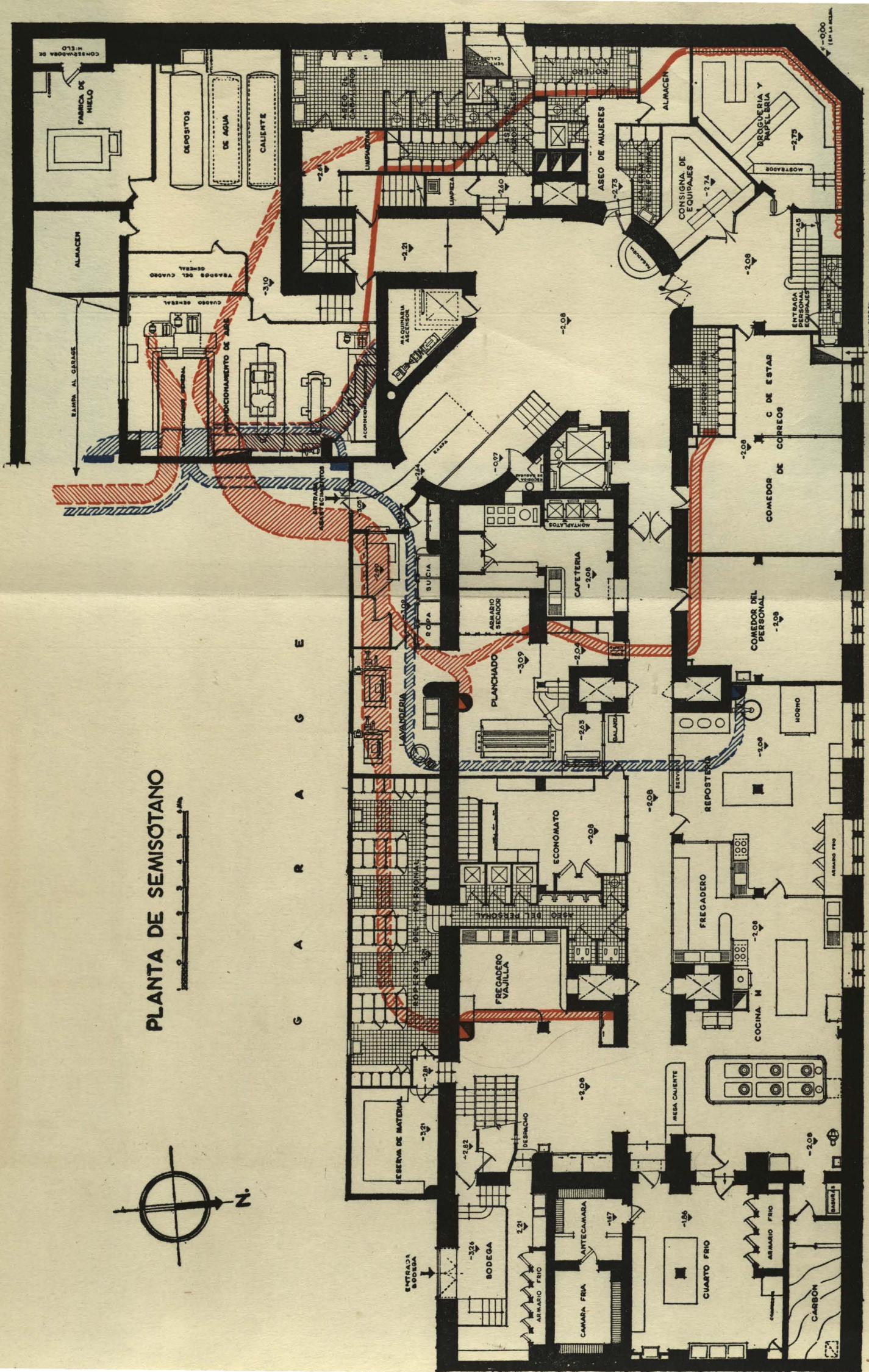
Pormenores del "hall" y del vestíbulo de entrada.

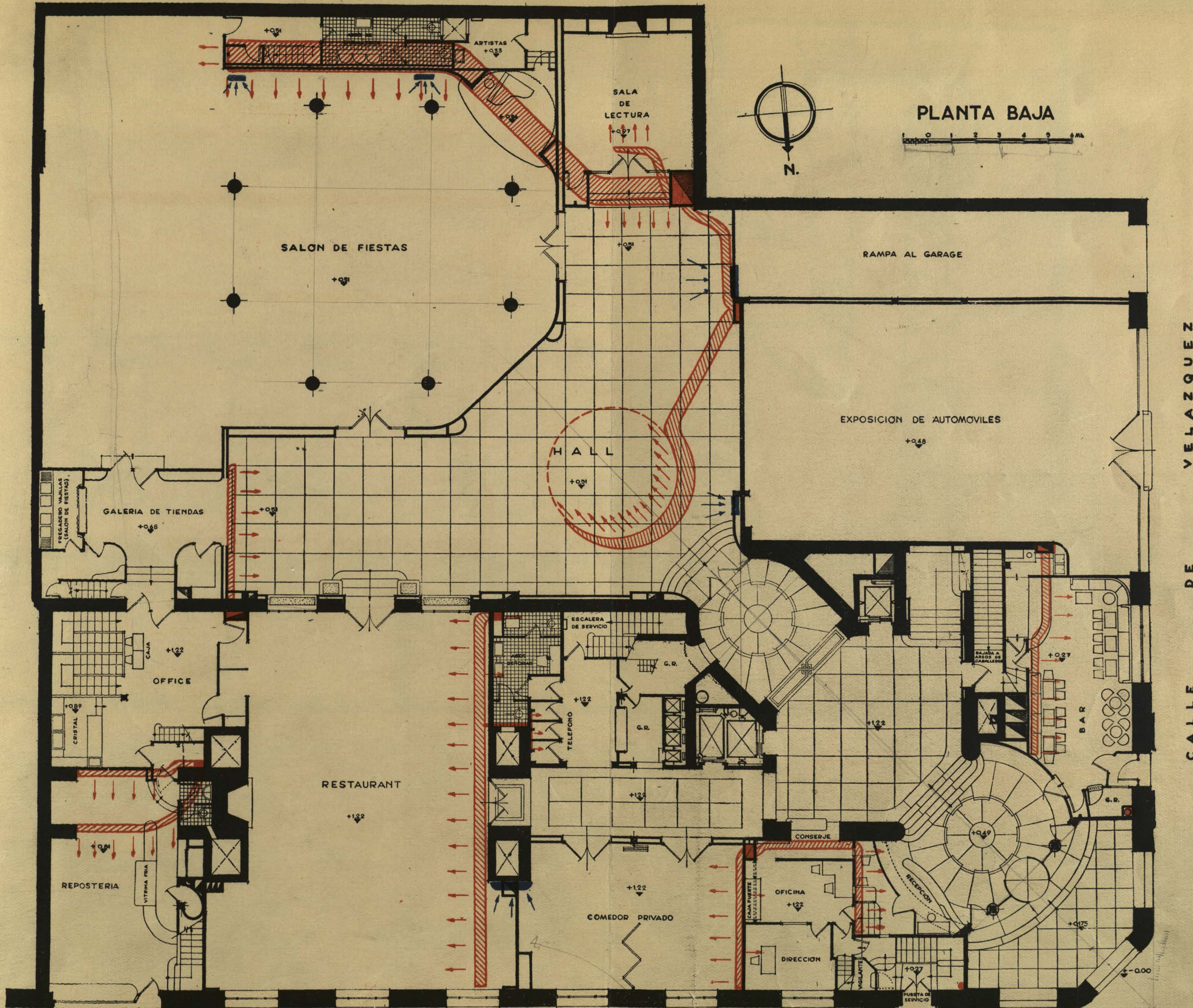




PLANTA DE SOTANO



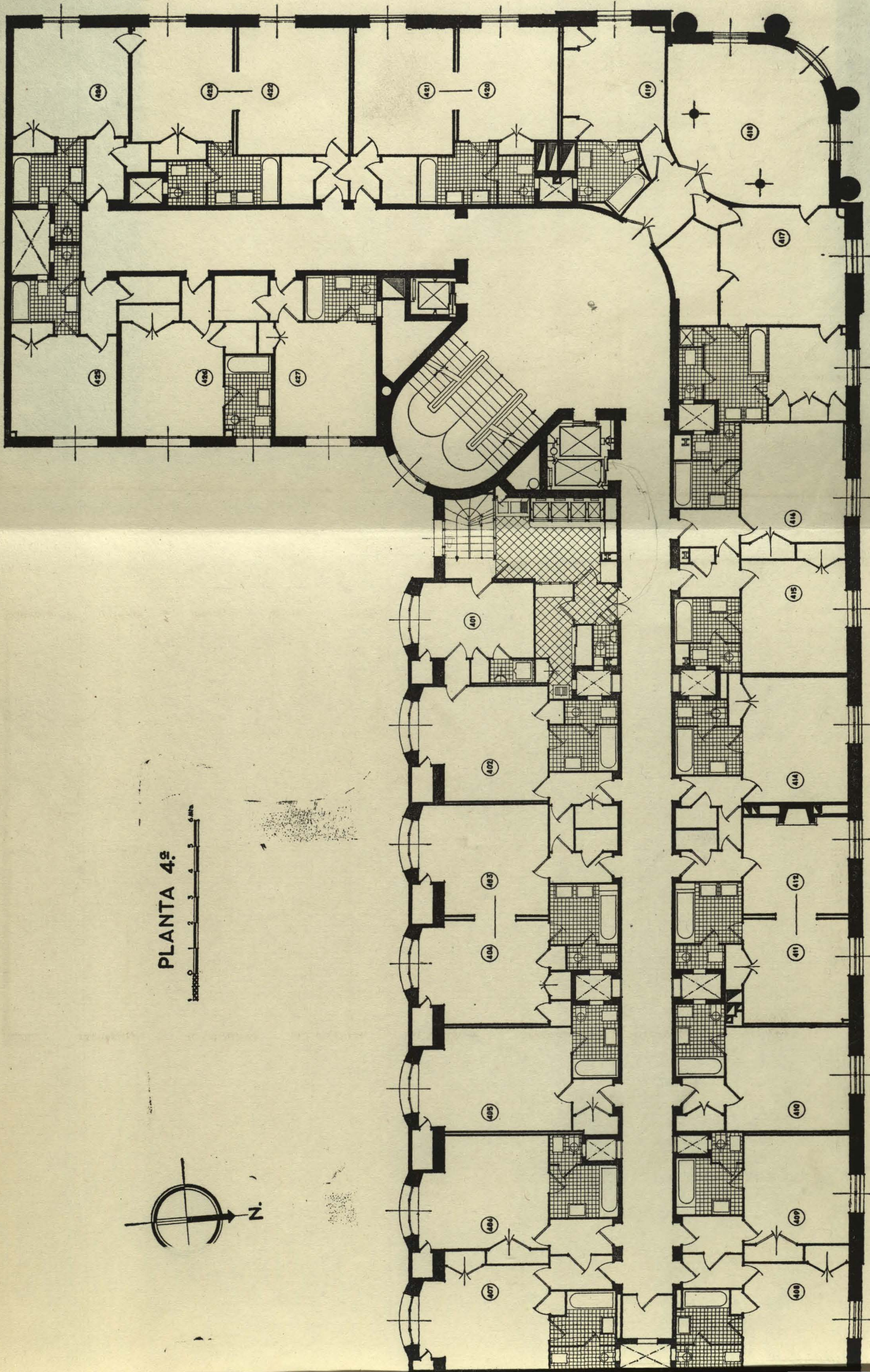




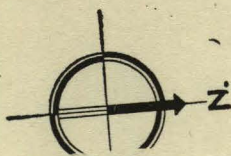
PLANTA BAJA

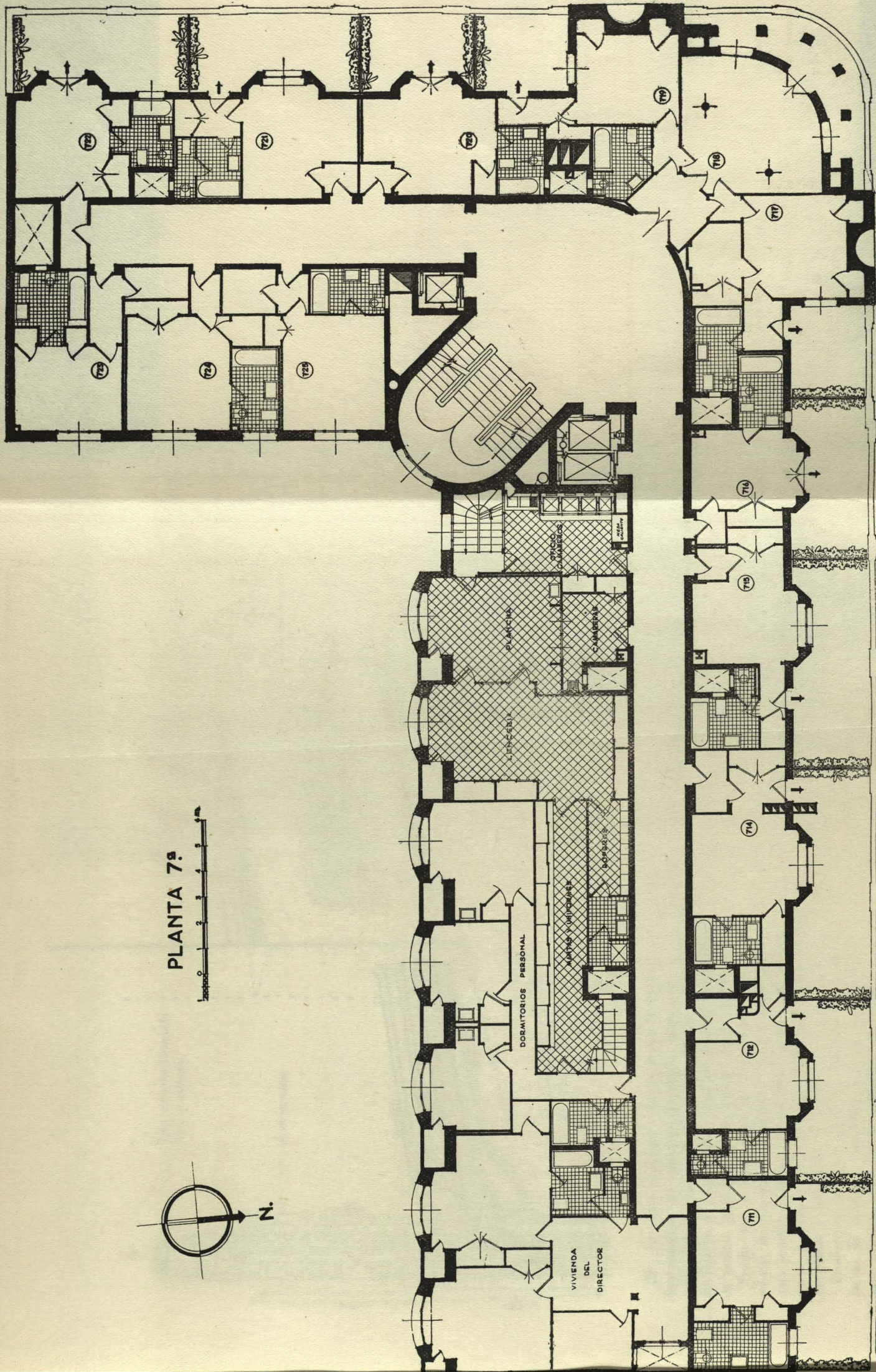


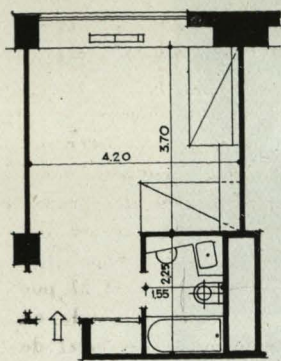
CALLE DE VELAZQUEZ



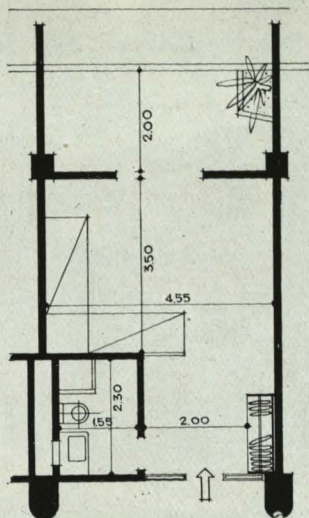
PLANTA 4ª



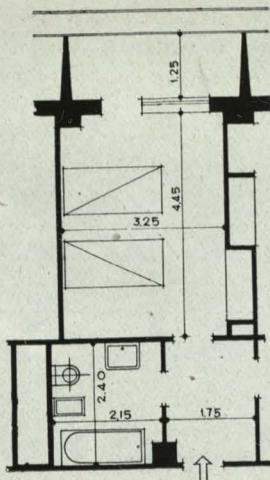




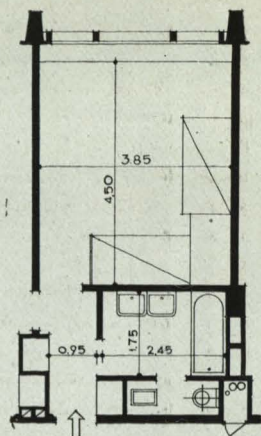
Hotel Terrace Plaza
(Cincinnati).



Hotel Panamá
(Panamá).

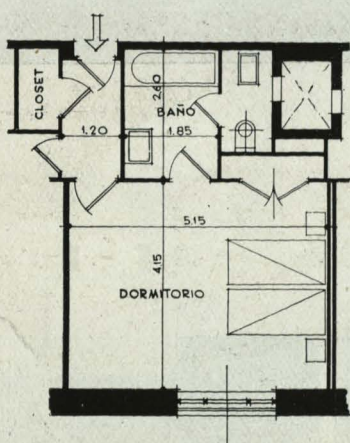


Palace Hotel
(Milán).

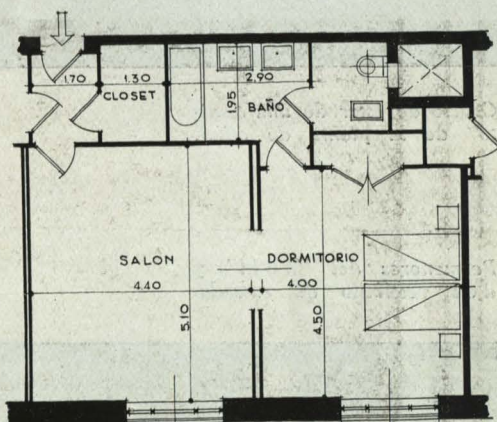


Hotel du Rhône
(Ginebra).

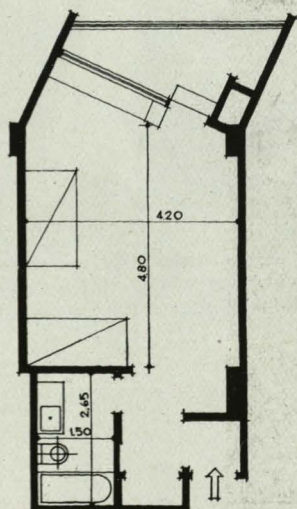
En esta página se dan unos croquis comparativos, a la misma escala, de las habitaciones del hotel Wellington y las de algunos hoteles extranjeros de reciente construcción.



Habitación

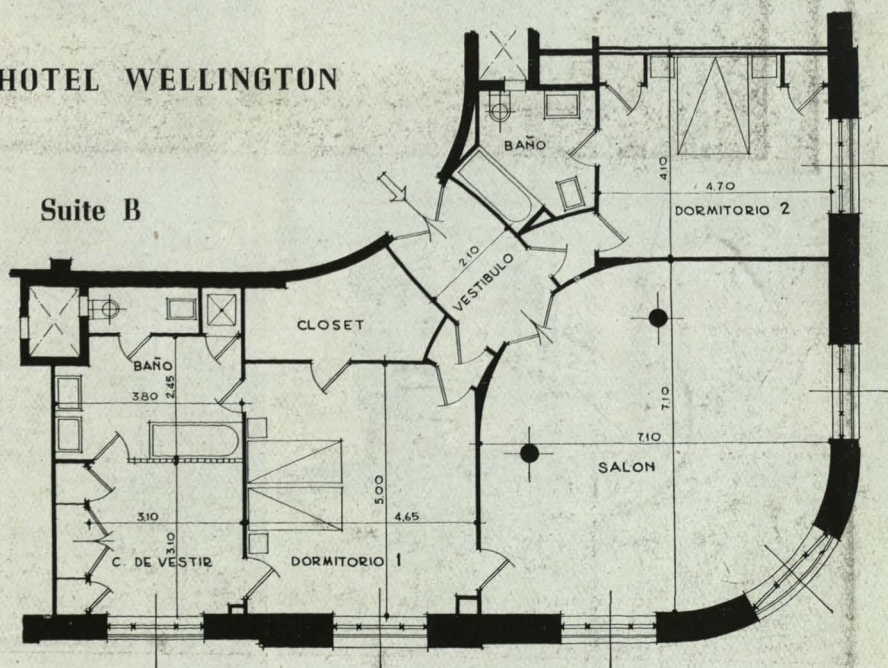


Suite A



Hotel Caribe Hilton
(Puerto Rico).

HOTEL WELLINGTON



Suite B

escaso respeto, y era cosa frecuente que los arquitectos manejaran a su antojo mármoles de Italia, maderas preciosas del Brasil o Centroamérica y hasta los tejidos del lejano Oriente.

Por el contrario, la planta o plantas de servicios eran entonces de menor superficie. La complejidad de las instalaciones actuales y la mecanización de los servicios generales de un hotel han duplicado las áreas destinadas a tal fin.

En el Hotel Wellington hay tres tipos de habitaciones: dormitorio con cuarto de baño, dormitorio con salón y baño, y *suite* que consta de dos dormitorios con baños independientes, cuarto de vestir y salón.

En el dimensionado de estas habitaciones hemos llegado al máximo compatible con un rendimiento normal. Dichas dimensiones son algo mayores que las de los hoteles últimamente construidos fuera de España. Creemos de interés exponer comparativamente los tipos de habitaciones que hemos proyectado con las de algunos hoteles de construcción reciente. (Hotel du Rône,

Ginebra; Palace Hotel, Milán; Terrace-Plaza, Cincinnati; Hotel Panamá, y Hotel Caribe-Hilton, Puerto Rico.)

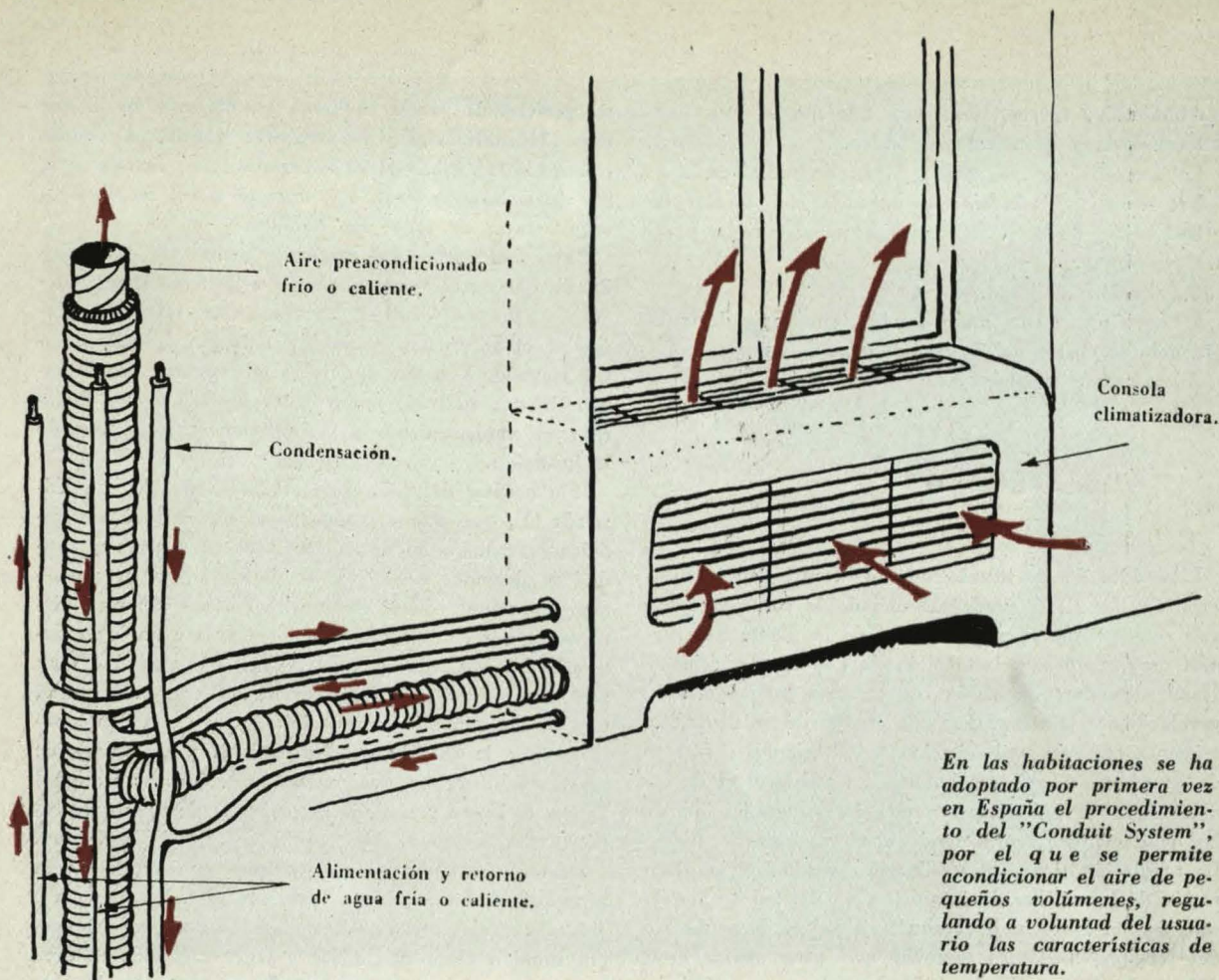
En el Hotel Wellington hay 160 habitaciones.

El área total de las mismas (superficie que podríamos llamar «rentable») mide 6.457,93 metros cuadrados. Comparativamente con ésta, los servicios generales ocupan una superficie equivalente al 35 por 100. Las circulaciones, el 24 por 100; el área de planta baja llega al 23 por 100 y se ampliará en breve hasta el 27 por 100. Del equilibrio de estos porcentajes depende en gran parte el rendimiento económico de un hotel de viajeros.

En la distribución general hemos eliminado en absoluto los patios interiores de iluminación. El edificio consta de una doble crujía, con un enorme espacio abierto central, que mide 927 metros cuadrados. Este criterio nos pareció fundamental, y lo hemos visto después adoptado en todos los modernos hoteles a que nos hemos referido.

Pormenor del ingreso.





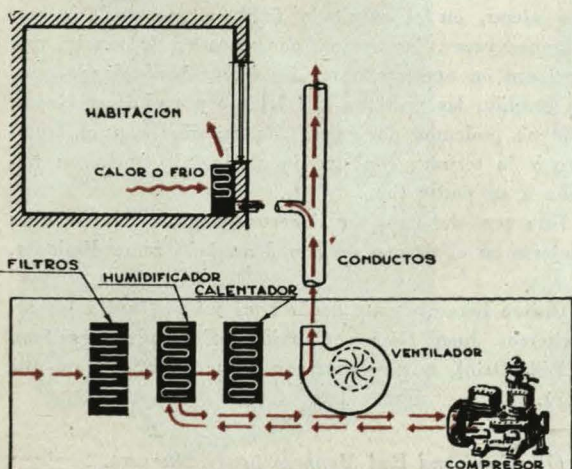
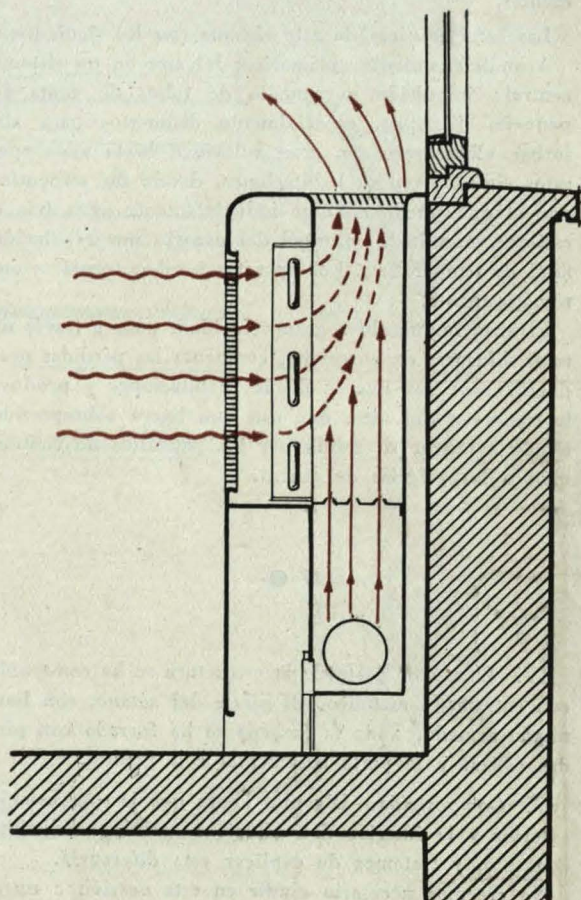
III. Servicios generales.—En el Hotel Wellington se han instalado los servicios generales siguientes:

Distribución de agua fría con depósito subterráneo de reserva y decantación; depósito elevado, regulador de presión para la descarga normal de los fluxómetros.

Producción y distribución de agua caliente, con depósitos de distintas temperaturas: 15.000 litros, a 50°, para cuartos de baño, y 3.000 litros, a 60°, para fregaderos de office, y 3.000 litros, a 80°, para máquinas lavaplatos y fregaderos de cocina.

Producción de vapor para las máquinas de la instalación de lavado y planchado de ropa, producción de agua caliente, mesas conservadoras de office, etc.

Instalaciones sanitarias. Secatoallas, con circulación de agua caliente.



Alumbrado, fuerza, timbres y teléfonos.

Lavandería y planchado mecánico.

Calefacción por radiadores y paneles radiantes.

Ventilación y refrigeración de todos los locales de planta baja y de las habitaciones principales de las plantas superiores.

Fabricación de hielo.

Estación transformadora y producción propia de energía para los casos de interrupción en la red general.

Ascensores y montacargas.

El estudio de las instalaciones de ventilación y refrigeración nos llevó a adoptar una doble solución como más conveniente. Para los locales de la planta baja hemos proyectado una instalación de concepto «clásico»: grandes canales, impulsión con retorno parcial o total y velocidades mínimas. Pero no era posible utilizar este mismo sistema en las habitaciones. Conocíamos el fracaso de su adopción en otros hoteles. La red general de canales significa prácticamente una intercomunicación de las habitaciones, transmitiendo conversaciones y ruidos. La regulación tiene extraordinaria dificultad y la obturación de las rejillas de impulsión a voluntad de los residentes del hotel produce con facilidad el desequilibrio del sistema. Sabíamos también que para obviar estas dificultades la casa Carrier había lanzado en estos últimos años el «Conduit System», de aplicación especial para el acondicionamiento de pequeños volúmenes independientes.

Las características de este sistema son las siguientes:

Acondicionamiento «primario» del aire en un sistema central; impulsión por medio de tubos de goma de pequeño diámetro, especialmente dispuestos para absorber vibraciones con gran velocidad hasta unos aparatos situados en las habitaciones, donde un serpentín, por el que puede circular indistintamente agua fría o caliente, permite a voluntad del usuario una regulación final de temperatura. Los aparatos pueden regularse automáticamente.

El aire, impulsado a gran velocidad, pasa a través de unos difusores de porcelana, compensa las pérdidas producidas por los huecos de las habitaciones y produce la remoción del aire, que con una ligera sobrepresión tiende a buscar su salida por los patinillos de ventilación o las galerías de acceso.

IV. La mayor parte de la estructura se ha construido con entramado metálico. El garaje del sótano, con hormigón armado. Toda la fachada se ha forrado con piedra caliza, y la parte basamental con granito.

V. *Composición*.—Digamos ahora que la composición exterior y la interior del edificio responden a distinto concepto, y tratemos de explicar esta diferencia.

No creemos necesario aludir en esta ocasión a nues-

tra preferencia por la moderna arquitectura en lo que tiene de substancial y permanente: equilibrio, simplicidad, calidad noble de los materiales, etc., virtudes que, por lo demás, tuvieron con distinto perfil las mejores arquitecturas de todos los tiempos.

Pero confesemos, sin rasgarnos demasiado las vestiduras, que raras veces puede el arquitecto llevar adelante su propósito inicial. La razón unas veces, los prejuicios otras, limitan primero y detienen después nuestro empeño. Esta vez fué la razón—nuestra propia razón—la que polarizó nuestra atención sobre dos factores: el emplazamiento y la importancia económica de la inversión.

Sin aceptar del todo la «ortodoxia» de Trystan Edwards (1), que aconseja respetar el carácter de los edificios cercanos, cualesquiera que sea su aspecto y condición, debemos reconocer la elegancia de su propósito y procurar con él que nuestras obras convivan dignamente con las que dieron sello y vida a un lugar determinado. Las más de las veces nuestras vecindades no son merecedoras de tanta cortesía. Otras, en cambio, una cierta fisonomía, acaso trivial, pero de evidente nobleza por la calidad de los edificios y de innegable prestancia, merecen, por nuestra parte, procurar esa relación de buena vecindad. Tal fué uno de nuestros propósitos en la composición exterior del Hotel Wellington.

La otra determinante que tuvimos en cuenta era la propia importancia de la inversión. Pueden ensayarse ciertas audacias con aquellos edificios que, por su propia función estén destinados a tener una vida efímera o circunstancial, pero no cuando se pretende dar carácter y expresión «estable» a un edificio construido para la explotación de una industria de gran importancia en la que los «imponderables» juegan un papel definitivo.

En la decoración interior tuvimos menos trabas; en ella fueron elementos básicos los ejes y volúmenes previstos en el trazado general de planta, limitándome a procurar una cierta armonía de calidades y color.

Permítasenos un comentario final. Nada más interesante para el arquitecto que mirar hacia su propia obra y juzgarla en la recóndita intimidad de su pensamiento. Sólo nosotros podemos apreciar lo que en ella quedó de nuestro afán y lo que fué labor ajena, circunstancial, puro azar muchas veces. Hay una frase de uso corriente entre nosotros que confirma todo esto: «qué bien—o qué mal—te ha salido esto», se suele decir, y en ese «salido» va el reconocimiento de todo lo que fué ajeno, en el resultado final, a nuestro esfuerzo. Algunas veces, las menos, pensamos en lo mucho que pusieron en nuestras obras los hados benévolos; otras, en cambio, las sentimos tan lejanas y tan desgraciadas, que no podemos por menos de mirarlas con el asombro y la ternura con que la gallina de Anderson miraba a su patito feo.

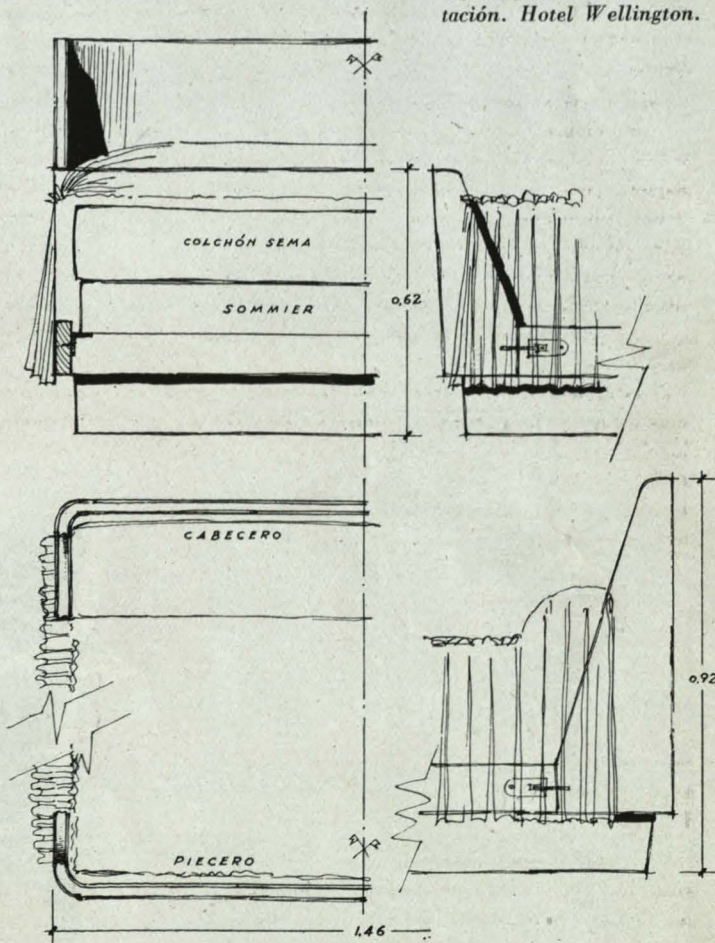
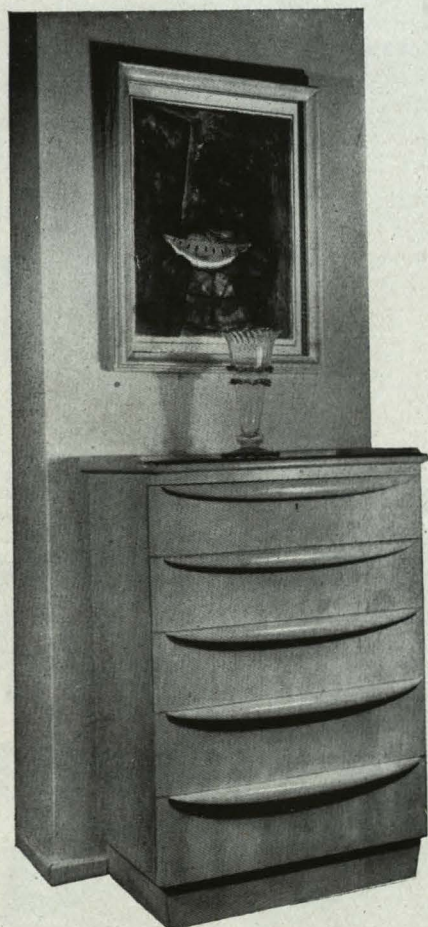
Esta vez—debemos ser sinceros—vemos a nuestra obra alejarse en el tiempo no con demasiado remordimiento.

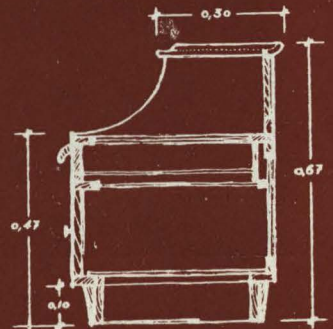
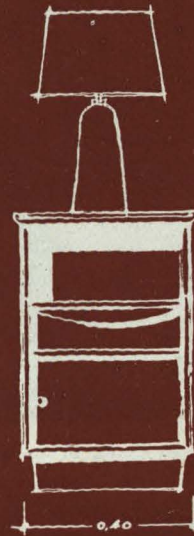
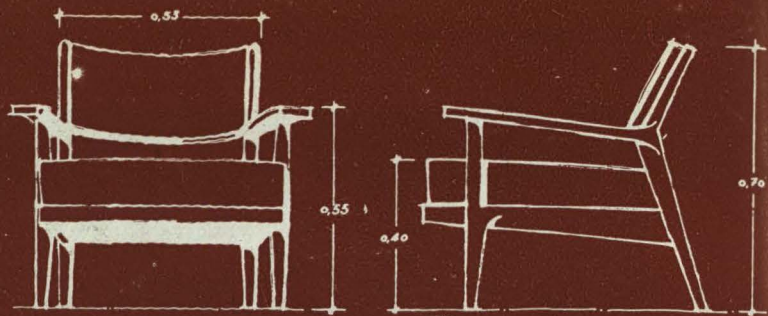
Quiero hacer patente desde aquí mi gratitud a los arquitectos Juan Gómez González, Fernando Genilloud y Luis Oriol, que colaboraron muy eficazmente en esta obra.

(1) *Good and Bad Manners in Architecture*.



Dormitorio de una habitación. Hotel Wellington.





Realizaciones de los muebles del piso ático del hotel Wellington llevados a cabo por la casa BIOSCA.

La calidad de los materiales responde al concepto moderno de estos muebles, que, más que dibujados, parecen modelados.

